



FRATISA

en Tamahú

HOJA INFORMATIVA

Nº 166 – MARZO 2026

Obra solidaria de Fratista (Escuela Bíblica de Madrid) en Guatemala

El Calvario de Milton

Antonio Salas

Con el paso del tiempo vamos conociendo a bastantes familias indígenas que se benefician de las ayudas ofrecidas por Fratista. Unas veces porque bajan ellas al poblado en busca de insumos y otras porque nosotros subimos hasta alguna de sus aldeas donde -con más o menos intensidad- rige siempre la ley de la extrema pobreza. La aldea de Sequib, por disponer de un angosto camino de terracería donde las curvas se ensamblan con los precipicios, era uno de los enclaves que nos resultaba más conocido. Pues bien, hace apenas un año lo visitamos de nuevo para inaugurar dos viviendas recién construidas. Sabedor de que por aquellos pagos cuando no se baja es porque se está subiendo, pedí de antemano que me agenciaran un bastón para, con su ayuda, mantener mejor el equilibrio. Y, claro que lo tuvieron a punto. Pero no solo eso. Desde que bajé del todoterreno, tuve a mi vera la sombra de un improvisado guardaespaldas (Manuel Quim Siquic), cuyo primordial objetivo se cifraba en conservar incólume mi integridad física. Agradeciendo su gesto con una



Inaugurando la casa de la familia Siquic Ac, en la aldea de Sequib



Manuel Quim Siquic (el "ángel custodio")

sonrisa, nuestra comitiva se encaminó hacia las viviendas.

Me sorprendió gratamente el abultado contingente de aldeanos que nos honraron con su presencia. En el hogar de la familia Siquic Ac se respiraban aires de feria. Aunque la mayoría no pudiera expresarse en español, tampoco faltaba un grupúsculo bilingüe. Con él entablé un enjundioso coloquio, hablando de casi todo, aunque sin centrarnos en casi nada. Pues bien, al ponderarles las atenciones recibidas de Manuel Quim Siquic (mi ángel custodio), salió a la luz, casi de soslayo, un tema que me dejó descolocado.

Se me hizo, en efecto, saber que un hijo de Manuel (Milton - 14 años) arrastraba una grave dolencia desde el día en que nació, pues su entramado abdominal había salido defectuoso. Un doble orificio anal era signo inequívoco de que su aparato digestivo estaba abocado al colapso. Para evitarlo, se le practicó de urgencia una colostomía, desviando las heces a una bolsa externa. Y así ha venido funcionando hasta ahora la criatura. Huelga añadir que,

al no disponer su familia de

recursos para comprarle bolsas recolectoras, se ha ido paliando el desperfecto con simples emplastos caseros. Pero su situación, ¿es irreversible? Tal fue la pregunta que lancé sin más al aire.

Mis contertulios, tras el inevitable cuchicheo en su idioma maya, me notificaron que con una intervención quirúrgica los intestinos de Milton recobrarían la normalidad. Pero la cirugía tenía un costo inasumible para su familia. Hasta me dieron cifras concretas. Rumiándolas mentalmente, hice mutis con la misionera (Fátima) para compartirle la desventura del niño. Y un par de minutos después ambos decidimos liberarlo de tan ominoso lastre, corriendo con los gastos de su cirugía. Nuestra decisión, aun siendo correcta, distó mucho de prever los obstáculos que deberían sortearse. Creíamos, en efecto, que el problema se resolvería en poco más de una semana. Craso error de cálculo. De hecho, ha pasado ya un año y el viacrucis del muchachito aún no ha llegado a su fin. Trataré de resumir las etapas que han debido quemarse al respecto.

Si bien se nos garantizaba que la operación podría hacerse en el hospital regional de Cobán, la realidad fue muy otra. Así lo dejaron sentir de inmediato los doctores cobaneros, quienes nos remitieron al hospital Roosevelt de la capital.



El pequeño Milton Quim

Y ahí fue donde el pequeño Milton (acompañado siempre por su solícito padre) comenzó a escalar su peculiar Calvario. Para hacerse una idea cabal de lo que implicó este cambio de nosocomio, basta aducir el siguiente dato: para trasladarse a Cobán desde la aldea, se invierten no más de dos horas; en cambio, para personarse en la capital se requieren más de ocho horas por trayecto, con los gastos que ello conlleva.



La familia de Manuel Quim, con Milton guardando cama

De haberse resuelto el problema con un par de viajes (así lo pensábamos), todo nos habría encajado a la perfección. Pero resulta que actualmente llevamos ya más de quince, sin haber tan siquiera avistado el puerto. Y lo más curioso es que -por falta de información- cada vez que nuestros patrocinados se ponían en camino, albergábamos la vana ilusión de que sería la última. Hasta que, hartos de desencantos, nos aferramos a la esperanza, dejando que los hados se encargaran de hacer el resto.

No seré yo quien cuestione la solvencia de la sanidad guatemalteca. Mas, aun así, no puedo ocultar mi estupor ante situaciones casi rocambolescas. La última ocurrió recién estrenado el año en curso. Lo auspicios no podían ser a la sazón más favorables. Todo invitaba a pensar que, por fin, Milton sería sometido a la cirugía. Pero, a la postre, era solo un espejismo. De hecho, tras un lavado intestinal previo, se constató que el paciente debía engordar al menos un par de kilos antes de entrar en el quirófano. Y, de nuevo, fue remitido a su aldea.



Milton, tras salir de su primera cirugía

Al percatarnos del percance, hicimos las diligencias a fin de que el niño recibiera cuanto antes una despensa de alimentos con alto potencial nutritivo. Fue como una carrera a contrarreloj para que, al llegar al puesto de control, se franqueara sin contratiempos, como en realidad ocurrió. Por fin Milton fue sometido a la tan anhelada cirugía. Aunque a distancia, celebramos con alborozo tan fausta noticia. Pues bien, una vez más nuestro júbilo resultó prematuro. Se tardaría, en efecto, muy poco en notificarnos que se trataba solo de una primera intervención, sin duda la más delicada. Pero el paciente, tras reponerse, debería pasar de nuevo por el quirófano para el reajuste final de sus

intestinos. ¡Y en esas estamos!

Jamás me hubiera imaginado que los requisitos protocolarios fuesen tan intrincados. Admito que no resulta fácil obtener información fiable cuando las noticias vienen transmitidas por quienes apenas hablan español. Mas, aun con ello, cuesta a veces encajar tantos reveses. Sobre todo, cuando chocan con nuestros esquemas culturales. Tal fue lo que ocurrió con los donantes de sangre exigidos por el hospital. Este requería que dos personas se presentaran para extraerles sus correspondientes dosis. Hasta aquí, todo correcto. En cambio, nos dejó perplejos saber que, al buscar entre los propios aldeanos a posibles donantes, nadie se ofreciera voluntario. Por lo que después se nos dijo, en sus módulos culturales tales prestaciones solo acostumbran a hacerse a cambio de una retribución económica. Y ello nos obligó a compensar generosamente a quienes nos hicieron el “favor” de donarnos una extracción sanguínea.

Hace apenas un par de días Milton ha pasado un nuevo control, en el que ha recibido luz verde para que se le practique la segunda operación. En principio, tal noticia debería ser motivo de alborozo. Sin embargo, la experiencia nos obliga a ser cautos al respecto. Nuestras campanas solo repicarán cuando la odisea de nuestro pequeño protagonista llegue por fin a aquella mítica Ítaca, donde se supone que el perinclito y malhadado Ulises dejaría ya de penar.

He querido compartir con nuestros lectores las vicisitudes de Milton no tanto para criticar lo que quizás pudo haberse hecho mejor, cuanto para testimoniar cómo, en aquellos lares, hasta lo simple puede acabar siendo complejo. Más aún si las decisiones han de tomarse a distancia. Cierto que contamos allí con un admirable equipo de colaboradores, siempre prontos a aliviar las dolencias de los más pobres. Y lo hacen con un encomiable espíritu de entrega. Mas ello no impide que a veces las circunstancias impongan su propia ley. Y esta no siempre se ajusta a lo que pudiera parecernos más coherente. Por eso nunca me hartaré de repetir que “ayudar no siempre es fácil”.

Se topa con otros módulos socioculturales que, aunque dignos de todo respeto, no siempre se avienen con los nuestros. Si bien la experiencia nos va allanando el camino, siempre surgen imprevistos que nos desmontan esquemas. Tal es la cruda realidad de nuestra misión, sin concesiones al romanticismo. En ella jamás faltan retos. Solo resta afrontarlos con gallardía, luchando por un mundo mejor. ¿Cómo? Siguiendo la senda que, en su momento, marcara con suma belleza el poeta: “Caminante, son tus huellas el camino y nada más; caminante, no hay camino, se hace camino al andar”.



Raúl, en su breve alocución de bienvenida

Ayuda humanitaria: una fecha muy singular

Raúl Leal



Raúl, departiendo con doña Rosalinda y sus antojitos

No por dejar de consignarlo, dejamos de hacerlo. El primer sábado de cada mes Fratisa sigue, en efecto, distribuyendo en torno a 170 despensas de víveres. Mas, al repetirse siempre la misma cantinela, he optado por no incluirlo en mis informes. Sin embargo, este mes la rutina se ha convertido en un evento muy peculiar que no me privo de compartir con nuestros lectores.

Unos tres días antes, tal como acostumbro a hacer, comencé a planear el reparto. Y, al ver que la fecha coincidía con mi 57º cumpleaños, pasó sin más por mi mente la idea de celebrarlo con todos nuestros beneficiarios. Con tal fin encargué un considerable número de tamalitos de masa y recaditos con un poco de carne, que irían acompañados por un vaso de té. Tengo muy aprendido que nuestros indígenas siempre agradecen detallitos así. Pero, salvo Efraín Sam a quien convertí en mi confidente, nadie sabía lo que yo estaba tramando. Ni tan siquiera Norma. Esta, sin embargo, algo debió intuir porque -aunque a hurtadillas- lo había notificado a toda nuestra familia con la que íbamos a compartir el almuerzo de celebración.

La fecha señalada amanecí de muy buen humor. Tras apiolar un par de gallinas para que Norma preparara el caldo de pollo, me encaminé (7:15) hacia los locales de Asumta, topándome en el camino con Efraín e Ignacio, quienes me felicitaron con un cordial abrazo. Y, sin más protocolo, comenzamos a preparar el local, colocando las sillas y las bancas. Mientras ellos trajinaban, yo llevé el microbús al “carwash”. Muy poco después, comenzaron a llegar nuestros agradecidos.

La primera en personarse fue doña Rosalinda, una adorable ancianita del caserío de Nachuguá. Días antes había llegado a mi oficina, solicitando mi permiso para vender unos antojitos caseiros que ella acostumbra a preparar en su casa. Dio la coincidencia de que también mi colaboradora Sandra me pidió que le autorizara la venta de unas gelatinas que ella misma había elaborado. Al escucharla, me quedé perplejo, preguntándome cómo habría preparado las gelatinas, si en su aldea no hay electricidad. En todo



¿A quién le desplace recibir una bolsa de alimentos?



Raúl, con sus colaboradores: Ignacio, Asunción, Sandra, Efraín, Ana María y Giovani

caso, ambas recibieron mi permiso y vi con agrado que, al llegar el momento, se agotaron muy pronto sendas mercancías. Por mi parte, preparé cinco bolsas con ropa usada que unos amigos me habían regalado para ofrecérsela a personas necesitadas. Por evitar aglomeraciones, las fue repartiendo conforme iban llegando. Y, tal como era de prever, nadie rechazó tan inesperado regalo. En un santiamén todo desapareció:

antojitos, gelatinas y ropa usada.

Según reza la costumbre, una vez aposentado el gentío, impartí mi habitual charla, no sin que antes eleváramos todos a Dios la oración comunitaria. Suele ser este uno de los momentos más señeros en nuestros encuentros mensuales. No puede por menos de impactar que más de 200 personas, aunque practiquen religiones distintas, se sientan unidas por una plegaria donde la fe ahuyenta las rivalidades y difidencias. Al finalizar mi alocución, les desvelé que estaba cumpliendo años. Tras una cerrada ovación, vi cómo los más osados se iban acercando a mí para darme un abrazo mientras me auguraban parabienes y bendiciones.



Vista de la bella, y a su vez inhóspita, serranía de Tamahú

En un periquete quedé a merced de una turbamulta que me “regañaba” por no haberles avisado con antelación. Les hubiera complacido expresar su cariño con un regalito. Su entusiástica gratitud me hizo vibrar el alma. Pero cuando mi emoción alcanzó su clímax fue al ver cómo, mientras unos metían un quetzalito (12 cts.) en mi bolsillo, otros hasta me agasajaron con un billetito de cinco. Por más que intentaba disuadirles, no había forma de lograrlo. Pocas veces he sentido tan vibrante el hervor del agradecimiento. Enternece constatar cómo los pobres, aunque nada tengan, se aprestan a ofrecer su óbolo como viva expresión de estima.

Con la ayuda de mis colaboradores se repartieron las despensas, siguiendo -como siempre- los cánones marcados por el protocolo. Y, antes de finalizar, casi explosionaron mis sentimientos con la más inesperada de las

sorpresas. Vi, al principio con asombro y después con curiosidad, que una señora, ataviada con la vestimenta típica de Tamahú, entraba en el recinto con una pose casi teatral. Y, llegando hasta mí, descubrió con mucha parsimonia la bandeja que traía cubierta, mientras me decía con voz firme: “Alguien le manda este obsequio, don Raúl”. Pasmado, vi que se trataba de una gran tarta con su correspondiente felicitación. Confieso que hasta la fecha no he descubierto quién pudo tener tamaña ocurrencia. Máxime porque no había compartido con nadie la fecha de mi cumpleaños. Osaría afirmar que para mí ese gesto anónimo fue -nunca mejor dicho- como poner la guinda al pastel.

Tras despedirnos de nuestra gente (13:30) y sacarnos la obligada foto con el grupo de colaboradores, regresé a mi hogar donde me estaba esperando en pleno la familia. El almuerzo, en un ambiente caldeado por la ternura, me hizo sentir plétórico. Fue para mí una jornada inolvidable. Tanto que, por la tarde, recogido en un rincón, no cesaba de dar gracias a Dios por los años que llevo atendiendo a pobres y enfermos. Considero un privilegio ayudar a los más desprotegidos. Nunca he logrado saber si disfrutaban más quienes reciben una bolsa de víveres o quienes experimentan el placer de ofrecerla. En todo caso, me siento feliz por representar a Fratisa en su obra humanitaria de apoyo a las personas más necesitadas de nuestro municipio.

Ayuda al enfermo

Raúl Leal

Vengo escuchando desde mi infancia que la experiencia es la madre de la ciencia. Pues bien, cada vez me afianzo más en este aserto. Tras tantos años de rodaje con toda clase de pacientes, he podido sacar, al respecto, bastantes conclusiones. Entre otras, que no basta con trasladarlos a las consultas médicas y a los hospitales. Es también necesario dar seguimiento a sus dolencias. Para ello nada mejor que visitarlos en sus hogares. Y es que, dada la configuración topográfica de nuestro municipio, no es infrecuente que algunas personas -sobre todo ancianas-, tras estar por un tiempo postradas en su jergón, acaben enfermando de soledad. ¡Cómo agradecen las visitas! Ello me ha impelido a agendar mi trabajo de tal modo que -al menos un par de días al mes- pueda ofrecer solaz a los enfermos más solitarios. Y eso, además de alentarlos, energiza mi espíritu.

Rumiando en soledad las dolencias

Siempre me han inspirado profunda ternura las personas suscritas al desamparo. Aunque en nuestro ámbito rural tal tesitura sea patrimonio colectivo, nunca faltan quienes lo acusan de manera más certera. Así lo suelo constatar al adentrarme en algunos caseríos donde impone su ley el olvido. Quizás por ello tenga tan grabada en mi alma la sonrisa que me brindó doña Alicia Sis (50 años) cuando -hace apenas dos semanas- pasé a visitarla en su humilde hogar. Según me informaron sus familiares, se le ha diagnosticado



Dña. Angelina, estrenando su colchoneta hinchable

un tumor en el hígado que la mantiene postrada en su camastro desde el pasado mes de octubre. Solo pude brindarle consuelo y aconsejarle la dieta que le convendría seguir. Los medicamentos naturales que me mostró me dejaron bastante claras sus opciones de sanar. Mientras estuve con ella, nunca dejó de mirarme con dulzura, a la par que todos sus poros no cesaban de transpirar gratitud.

Algo similar me ocurrió al adentrarme en el chamizo de doña Angelina Sam (84 años), que lleva también más de tres meses encamada. Al verla tan corroída por la miseria, saqué de mi mochila una colchoneta hinchable y se la regalé. Sintióse mucho más cómoda al tumbarse en ella, me agasajó con la más afable de sus sonrisas. Aunque los aldeanos me hablaron también de otras dos personas con serios quebrantos de salud, no tuve tiempo para visitarlas. Abandoné el caserío (“La Libertad”) con una extraña revoltura de congoja y complacencia que me dulcificó por completo el regreso.

Muy distinta fue la impresión que me causó, en la aldea de Naxombal, la problemática del niño Anderson Alfredo Juc Pitán (10 años) con signos inequívocos de síndrome de Down. Aunque a él lo sentí feliz, sus padres no me ocultaron su desespero. Por más que asistía a la escuela, su maestro les había notificado que su capacidad de aprender era casi nula, pues vivía en su propio mundo. Dejé que se desahogaran compartiéndome sus cuitas. Traté de infundirles ánimos, aconsejándoles que aceptaran con donosura



Nuestro microbús, llegando al Centro de rehabilitación

las limitaciones de su hijo. Aun cuando su situación sea muy poco halagüeña, nunca deben olvidar que Dios siempre mima a los desvalidos. Me alejé de su hogar haciendo mío su infortunio. Mientras rumiaba a solas la desgracia ajena, me encaminaba hacia una aldea cercana con ánimo de visitar a otra persona enferma. Sin embargo, tuve que desistir, pues se me dijo que el camino estaba del todo embarrado. Tengo ya muy aprendido que, en la serranía tamahunera, las condiciones climáticas son proclives a desbaratar los planes.

Sin embargo, tal como dice el refrán, no hay mal que por bien no venga. El lodazal del camino, cerrándome el paso a una aldea, me lo abrió para dirigirme a otra (“El Panteón”). Ya en ella, me

acerqué hasta la casa de Aurora Xol Pec, a quien tenemos hospitalizada por severos problemas en su matriz. Departí un rato con su familia, interesándome por la evolución de la paciente. Dado que las noticias invitaban al optimismo, aferrándome a él, me acerqué a la vivienda de Dominga Pop, a la que agradecemos todos los meses con una despensa de víveres. Tras expresarme su agradecimiento por mi inesperada visita, me suplicó que le proporcionara cinco láminas de hojalata, pues las de su techo están repletas de agujeros con lo que tanto el agua como el viento tienen vía libre para convertir su chabola en una nueva edición del diluvio. Prometí complacerla.

Apenas me había puesto en camino cuando otra aldeana, cuyo nombre no recuerdo, salió con premura a mi encuentro para pedirme que la llevara a una clínica, ya que -a causa de su diabetes- se estaba quedando sin vista. Tomé nota de su problema y, en su momento, intentaré dar respuesta a su súplica.

Adentrarse en las aldeas y caseríos es toparse de continuo con el rostro más adusto de la miseria.

Ayudando a los discapacitados

Fratisa, desde un principio, ha puesto singular énfasis en brindar ayuda a las personas discapacitadas. Nada extraño, por tanto, que no cese de aumentar el número de pacientes que solicitan ser inscritos en nuestro programa de rehabilitación. Veo con complacencia que los lunes y miércoles, al viajar a Fundabiem, nuestro microbús suele ir sin un solo asiento vacío. Sobre todo, después de incorporarse estos últimos días dos nuevos pacientes: Rafael Moisés Jalal Quej (32 años), con síndrome de Guillain-Barré, y la nenita Marta Griselda Ja Cabnal (3 años), con una discapacidad psicósomática que va mermando de forma preocupante su mundo relacional. Y también durante el mes hemos atendido a la niña Nataly Nalley Juc Caal (5 años) por su acentuado problema de crecimiento. Los doctores, tras examinarla a fondo, la han remitido a la Unidad de Traumatología y Ortopedia, en el Hospital Regional de Cobán.

Por lo general, nuestra labor con los discapacitados se desarrolla sin la menor incidencia. Nuestros pacientes se sienten felices al constatar el saludable efecto de las terapias. Sin embargo, nunca suele faltar la oveja negra cuya presencia quita lustre al rebaño. Así me ha ocurrido hace unas dos semanas. Al llegar a la Fundación, mientras estacionaba el vehículo, observé que, en la puerta de entrada, se orquestaba un conato de tangana. Al personarme en el epicentro del conflicto, vi con perplejidad que la trabajadora social negaba el acceso a dos mamás con sus correspondientes criaturas.

Algo desconcertado por el incidente, quise conocer su causa. La trabajadora social me la expuso sin ambages: dado que ambas señoras habían faltado a varias sesiones de terapias sin justificar su ausencia, el Centro había decidido retirarles su atención durante un tiempo. Aunque a mí la sanción me pareció del todo justa, las afectadas no lo veían igual. Encarándose con la profesional, no cesaban de reclamarle sus hollados derechos. Me erigi sin más en juez de paz, tratando de convencer a nuestras beneficiarias de que la razón no estaba de su parte. Bien que mal, acabaron cediendo, no sin antes dejándonos sonrojados a todos, aunque solo fuera por vergüenza ajena. Incluso he sabido en estos días que una de las supuestamente ultrajadas va esparciendo por su aldea la semilla de la discordia. ¿Cómo? Propalando que es ella y no Fratisa quien costea las terapias de su niña. De momento, nada he dicho al respecto. A veces es mejor tragar saliva que escupir rabia.

El infortunio de Herlinda

Herlinda Chiquín Coy es una aldeana del caserío de Chipacay a la que apenas conocía. Ello no impidió que el “cocode” (líder) de su comunidad acudiera a mí en busca de apoyo, pues la señora tenía una profunda llaga en su pierna izquierda que se no lograba cauterizar. Antes de involucrarme en el problema, quise conocer su origen. Según se me refirió, hace

casi un mes, Herlinda regresaba a su hogar en un mototaxi (tuctuc). Si bien había hecho el mismo recorrido en varias ocasiones sin el menor contratiempo, en esta el destino se aprestó a jugarle una mala pasada. Al ser muy empinado el camino de terracería, a mitad de una cuesta el motor del vehículo colapsó, iniciando el mototaxi un veloz recorrido hacia atrás y cuesta abajo. Tras dar tres vueltas de campana,



Saliendo del hospital regional de Cobán

quedó varado a la vera del camino, mientras la señora y el piloto daban muchas gracias a Dios por el simple hecho de ver que seguían vivos. Tras el susto de rigor, algunos aldeanos ofrecieron su ayuda, trasladando a la accidentada (el piloto salió ileso) al Centro de Salud. Viendo los enfermeros que su pierna estaba bastante maltrecha, la remitieron al hospital regional de Cobán, donde permaneció varios días internada. El taxista, por su parte, tras ofrecer los primeros auxilios, se desentendió por entero del tema, dejando a la pobre señora en un total desamparo.

Mientras estuvo en el hospital, recibió las debidas atenciones. Cuando ya pudo valerse por sí misma, fue dada de alta, regresando jubilosa a su hogar. En un principio se pensaba que la llaga de su pierna tardaría muy poco en cerrarse. Pero, en realidad, no fue así. Quizás por falta de medios en el ambiente rural, su herida acabó infectándose y nadie sabía qué hacer. Fue entonces cuando la familia recurrió al “cocode” y este acudió a mí. La situación era preocupante, pues la úlcera cada vez se agigantaba más. Al no disponer en la aldea de una simple membrana para cubrirla, decidimos llevarla de nuevo al Centro de Salud, cuyo personal sanitario la mandó de inmediato al hospital. Y en él, por fin, tras un penoso viacrucis, Herlinda quedó fuera de peligro.

Hace apenas unos días subí hasta su hogar para interesarme por la evolución del caso. Al entrar, quedé atónito. Toda la familia estaba taciturna y casi arrumbada en un rincón, mirándome con actitud expectante. Tras el obligado intercambio de saludos, me compartieron que, debido al trajín, habían gastado lo poco que tenían, quedándose



Herlinda, perfecta simbiosis de tristeza y esperanza



Herlinda, con su familia, en su hogar de Chipacay

sin alimentos y sin posibilidad de conseguirlos. Obviamente, los socorrí. No pudieron ocultar su júbilo cuando, al día siguiente, me personé de nuevo en su hogar para obsequiar a la convaleciente con unas muletas. Tardó solo un periquete en estrenarlas.

Causa grima constatar que personas tan desprotegidas no tengan forma de reivindicar sus derechos. Así me lo compartía el “cocode” de la comunidad. Ambos convinimos que, si en el futuro se diera otro caso de apremio, se comunicaría cuanto antes conmigo. No en vano el primordial objetivo de Fratisa se cifra en aliviar las penurias de quienes viven en la más extrema pobreza. Lo recién consig-

nado es solo un botón de muestra de lo que ocurre casi a diario en casi todas las aldeas de nuestro municipio.

CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA – FEBRERO, 2026

<i>DESCRIPCION</i>	<i>CANTIDAD</i>
Medicinas entregadas a pacientes de neurología	21
Medicinas entregadas a pacientes diabéticos	01
Pacientes trasladados a oftalmología	05
Medicinas entregadas a pacientes de oftalmología	03
Pacientes trasladados a Fundabiem	07
Asistencias durante el mes en Fundabiem	13
Pacientes trasladados a diferentes hospitales	12
Consultas médicas privadas y medicinas entregadas	06
Leche pediátrica entregada (botes)	02
Pacientes que recibieron medicina con receta	28
Extracción de piezas dentales	05
Pacientes a quienes se realizó estudio de Rayos X	02
Pacientes a quienes se realizaron ultrasonidos	05
Visitas a familias y enfermos	09
Entrega de colchonetas y bastones	02

Si desea leer algún otro número atrasado de este Boletín, consulte nuestra Web:

www.escuelabiblicamadrid.com / Fratisa / Publicaciones

FRATISA

Si quiere hacer un donativo periódico, le sugerimos que nos mande esta misma hojita, rellena con sus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra su cuenta corriente con la periodicidad e importe que usted nos indique.

Nombre _____ Dirección _____ n° _____ Piso _____

Localidad _____ CP _____ Provincia _____ Móvil _____

Correo-e _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € al mes)

Nº de cuenta Iban: ES _____ . _____ . _____ . _____ . _____

Periodicidad: Mensual – Trimestral – Semestral -- Anual --

Titular de la cuenta _____

También puede hacer su donativo (así lo hace la mayoría) ingresándolo en la cuenta abierta a nombre de “Fundación Isabel de Lamo Pattos – Fratisa”, en el Banco Santander.

Iban ES90.0049.1182.3226.1040.0538



Quando Fratisa encaminó hacia Tamahú su obra de apoyo a los indígenas más desfavorecidos, centró su interés en la pastoral de enfermos y discapacitados. A partir de entonces, no han cesado de aumentar los que acuden a nosotros en busca de ayuda, siendo nuestro representante Raúl Leal quien -desde un principio- gestiona tan ardua labor. Nos complace saber que cada vez se intensifica más su dedicación y su espíritu de entrega. Fratisa, muy consciente de la importancia de este proyecto humanitario, invita a sus amigos y colaboradores a que, en la medida de sus posibilidades, ofrezcan un donativo periódico para mantenerlo o incluso potenciarlo.

Toda ayuda es de agradecer - ¡Muchos pocos hacen un mucho!